

# DE LA SOCIEDAD PORFÍRICA

*José FUENTES MARES*

EL CUARTO TOMO de la *Historia moderna de México* no rompe el equilibrio establecido por los tres anteriores, lográndose de este modo superar uno de los obstáculos más difícilmente allanables, o sea el de la dispersión en el tono y la estimación de los principales problemas de nuestra historia, sujetos al manejo de varios investigadores, todos ellos con diversos criterios. La obra, por lo menos hasta el punto donde actualmente se encuentra, no sólo no se resiente de dicha falla, sino que incluso podría llegar a suponerse obra de un solo investigador, y no de varios.

Este tomo que don Moisés González Navarro ha preparado sobre la *Vida social* del Porfiriato es una obra singularmente interesante, respecto de la cual podrían expresarse no pocos elogios, y sólo aducirse contadas objeciones. Plantea con acierto, por ejemplo, la discusión en torno al problema de la capacidad productora del país en relación con la productibilidad de sus habitantes, o, dicho en otras palabras, el viejo tema del cuerno de la abundancia, inabundante en razón de una población escasa y mala. Este tema, uno de los favoritos de la primera época porfírica, adentró en grado tal en la consciencia pública, que aún hoy es frecuente escuchar la misma prédica ingenua que no ha conseguido superar una historia económica de más de medio siglo, y de la cual podemos concluir que ni México es el cuerno de la abundancia, ni la población tan detestable como supusieron nuestros intelectuales y hombres públicos hacia los ochentas y los noventas.

Entonces, como hoy, la idea de México como cuerno de la abundancia, y la concomitante de que su miseria provenía de una población mala y escasa, traía aparejada la cuestión de la inmigración. González Navarro dedica páginas deliciosas-

mente irónicas a subrayar las diversas ideas expuestas en torno a este problema, que en general expresaban el tono de la clase política dominante.

Mejor todavía, si cabe, presenta González Navarro la "cuestión social" del Porfiriato. Aquí la argumentación es tan objetiva —hablan sólo números y hechos—, que no puede quedar alguien sin comprender cuál fue la actitud general del régimen en torno al espinoso asunto, que finalmente llegó a ser la ocasión de su ruina. El capítulo sobre la llamada "cuestión social" no intenta conclusiones, pero cada lector las alcanza por cuenta propia, conforme revisa los preliminares del problema y sus consecuencias. De este modo, sin acudir a conceptos espeluznantes, todo el mundo comprende cómo se gestó la Revolución. En mi concepto, y siendo valioso el libro en conjunto, es el manejo de la "cuestión social" durante el Porfiriato el más sobresaliente de sus méritos.

Se presta la mayor atención, como no podría ser en otra forma, al problema educativo, y se proporcionan valiosas estimaciones estadísticas sobre el crecimiento demográfico en relación con el servicio de educación pública. Se aprecia así lo que el Porfiriato hizo en esta materia, y lo que dejó de hacer, desde el día en que la victoria de Tecuac entregó el poder al Caudillo de Oaxaca, y hasta el momento en que, al ponerse su gloria, Justo Sierra consumaba el mayor anhelo de su vida al fundar la Universidad Nacional de México. Queda la impresión, al menos a mi modo de ver, que en punto a educación pública, elemental y superior, no se presta suficiente realce a la obra porfirica, que si bien adolece de fallas incuestionables no es menos cierto que, a través de su decidido apoyo a la educación superior, aun a costa del descuido de la elemental, fincó la posibilidad intelectual del México contemporáneo. Hoy mismo podría hacerse crítica parecida, ya que la educación superior continúa floreciente a despecho de inmensas regiones donde no funciona una sola escuela elemental, y de ciudades capitales donde las aulas resultan insuficientes cada año para dar cabida a la creciente población escolar. Y todavía se escucha la misma réplica que se hizo al régimen porfirico en 1910: que no debe haber uni-

versidades mientras no exista el suficiente número de escuelas de enseñanza primaria. Argumento sólo verdadero en apariencia, y falso en el fondo, lo mismo cuando se esgrimió contra el Porfiriato que cuando se blande en la actualidad.

Si los capítulos que González Navarro destina a los temas anteriores resultan en extremo interesantes, la sección con que concluye el libro, "Las horas de asueto", además de interesante es francamente deliciosa. Por estas páginas se deslizan nombres y figuras gloriosas que tuvieron a su cargo divertir la niñez de nuestros padres y la madurez de nuestros abuelos. La gloria de Ricardo Bell, Adelina Patti o Luis Mazzantini, la figura pintoresca de Ponciano Díaz, la visita de egregias celebridades como Sarah Bernhardt, María Guerrero o Pablo Sarasate, el nacimiento de nombres que iluminaron durante décadas el cielo de México: Rodolfo Gaona, María Conesa, Esperanza Iris, etc., etc. La lectura de "Las horas de asueto" nos hace suspirar por aquel momento, hirviente de nombres ilustres, hasta el grado de que por un instante olvidamos que la misma sociedad que en el Teatro Nacional asistía a las representaciones de Sarah Bernhardt o de la ilustre María Guerrero, afrontaba, sin escapatoria, la tenebrosa "cuestión social".

En contra de la obra de González Navarro hay poco que decir. Así, por ejemplo, que no se da suficiente importancia al problema de los indios bárbaros, que además produce la impresión de no haber sido suficientemente comprendido. Durante casi medio siglo los indios bárbaros constituyeron el *problema básico*, cuestión de vida o muerte para cuatro o cinco Estados norteros. La vida de estos Estados giraba íntegra en torno al amago del salvaje, frente a cuyo exterminio carecían de importancia cualesquiera otras consideraciones. Pocos podrían entender, pongamos por caso, que cuando se suscita el problema de la intervención tripartita en la cuestión mexicana, y los franceses, desconociendo los Preliminares de la Sociedad, avanzan hacia Puebla, en Chihuahua se consideraba como un problema menor el de la invasión extranjera, y como mayor el del amago de los bárbaros. Un problema de esta naturaleza no puede quedar comprendido en media

docena de páginas, cuando se dedican ochocientos doce a historiar sucesos contemporáneos.

A mi modo de ver, existe también cierta confusión en torno a estadísticas. Así, por ejemplo, aquellas que se refieren al analfabetismo, como en la p. 532, donde se dice que el 20 % de la población del país sabía leer y escribir en 1910, y poco más adelante, al concluir la misma página, se asienta que el índice de analfabetismo fue de un 50 % para el año de 1910. O existe contradicción, o se expresa mal lo que se pretende decir.

Finalmente, al abordar González Navarro el sonado caso de Teresa Urrea, la llamada "santa de Cabora", expresa que el régimen porfirico la hizo abandonar Sonora y radicarse en Arizona, donde murió, por considerarla mezclada en el levantamiento "de algunos indios". Esta última afirmación es parcialmente falsa, y sobre todo injusta en su laconismo, ya que si bien Teresa Urrea hubo de abandonar Sonora por suponersele ligas con los alzados de Tomochic, éstos no fueron "algunos indios", sino la totalidad de los vecinos de aquel pueblo de Chihuahua, todos ellos criollos serranos, autores de la más gloriosa gesta entre las que preludiaron la Revolución de 1910. Porque entre los defensores del pueblo no quedaron supervivientes, y su lección conserva renovado poder docente, el propio Madero, en su libro *La sucesión presidencial de 1910*, p. 152, concede al hecho señalada importancia. De aquí que lamentemos que en una obra tan valiosa como la de González Navarro no se dedique siquiera una página al conmovedor sacrificio de todo un pueblo, Tomochic, que como un solo hombre, sin desertores, tomó las armas contra los excesos de la organización social y política del Porfiriato.

Fácil es criticar, sin embargo, y difícil hacer las cosas, sobre todo cuando se pretende hacerlas bien. Dejémonos, pues, de críticas, y pensemos que es muy remoto que se pudiera haber hecho algo mejor.